

## SEÑALES

### Los personajes a la orilla del lago

□ Junto a un perfume de islas, que Boylesve supo guardar entre páginas, a la vera de unas aguas calmosas, tan quietas como espejo en las más horas del día y que sólo se revuelven de tarde en tarde, rompiendo un cristal sobre el que fueron colocadas, para su reflejo y regocijo, las Borromeas; entre verdores abigarrados y casas destallantes de blancas, los personajes llegaron y se distribuyeron alrededor de unas mesas de la terraza, mirando a los Alpes. Anthony Eden parecía el turista más elegante de la temporada. A su vera, Pierre Laval, se antojaba el comerciante que había reunido unos ahorros para pasar el *week end* lejos del fárrago de la tienda. Pierre Flandin, alto y calvo, tenía todo el aire de un hombre serio que se lanzaba a su primera aventura y elegía el lugar más atrayente. John Simon el hepático que se siente mejor y pasa unos días al buen aire de las montañas. Benito Mussolini estaba en casa. Ni se había quitado el uniforme familiar y sólo había tocado su testa voluntariosa con el gorro que utiliza para andar por sus dominios. Suvicht, como un novelista de gafas redondas, buscaba unas horas de inspiración y sosiego.

René Boylesve hubiera creado a cada uno de estos individuos, su conflicto sentimental y los hubiera hecho acompañar por mujeres. Pero los personajes a la orilla del lago se dejaron de la contemplación del paisaje a un toque de campanilla y la conferencia se inició frente a Isola Bella para hablar de paz, otra vez. An-

tes fué Locarno. Allí el paisaje tiene las mismas serenidades, pero le falta algo femenino, suave al tacto y a la vista, que tienen las playas de Stresa. La paz que se fraguó en Locarno amenazaba romperse como la quietud del lago en un día de borrasca, cuando los nubarrones negros se rascaban la panza contra las crestas alpinas. Para hacerla renacer, para que tras la amenaza de divorcio surgiera la dulce reconciliación, era menester pasar unos días ante un paisaje semejante. No ante el mismo, sino ante otro que se le pareciera, sin tener la incomodidad de las memorias. Porque ante una situación de ruptura, recordar es peligroso. Entonces todos estos hombres que substituían como delegados a Briand, a Stresseman y a Chamberlain, estos que tienen más cuidado del nudo de su corbata y de abrocharse el chaleco al revés de lo que hacía el buen Aristides, se reúnen frente a las islas Borromeas y hablan sobre la paz.

Contaban de Mauricio Barrés que había tomado pasaje varias veces para ir a Isola Bella y que varias veces había perdido el barco, adrede, para retrasar el placer de la llegada y de la navegación por las aguas brillantes.

Ahora los reunidos no han podido guardar semejantes voluptuosidades de estética. Las voces han sido serenas, no han dislocado la tranquilidad del ambiente, pero Stresa, la dulce, por unos días, ha estado en duda de lo que sentía sobre ella. Las columnas y mármoles de la balaustrada, acostumbrados a oír palabras deliciosas, se han extrañado por unas horas de escuchar conversaciones sobre armamentos, sobre fronteras, sobre tratados, sobre rupturas de tratados. Y tanto las islas, como el jardín y los macetones, han aguantado pacíficamente y al final, han quedado llenos de satisfacción, pensando que de aquellas conversaciones podrían salir hechos, que, más adelante, hicieran recuperar a Stresa la serenidad que por unos días creyó que se turbaría a su derredor. El cuenco del lago no gusta de los cañones oídos a lo lejos.